

JOAQUÍN DHOLDAN

**CUENTOS
ORIENTALES**



Macleín *y* Parker

Primera edición

Noviembre de 2016

Del texto

© Joaquín DHoldan, 2016

De la portada

© Zésar Bahamonte, 2016

www.zesarbahamonte.com

De la edición

© Maclein y Parker, 2016

Pasaje Lagunas de Ruidera, 6

41701 Dos Hermanas, Sevilla

www.macleinyparker.com

Edición y corrección

Cecilia Ojeda y Antonio Abad (Maclein y Parker)

Diseño de la colección y maquetación

Antonio Abad (Maclein y Parker)

Impresión

Estilo Estugraf Impresores, S.L.

Impreso en España / *Printed in Spain*

Papel interior: Coral Book Ivory 1.2 de 90 g/m²

Papel de cubierta: Acquerello Avorio de 240 g/m²

ISBN: 978-84-942567-8-3

Depósito Legal: SE-1643-2016

Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión sin la autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*.

A Valeria y Lautaro que están llenos de verdad

Orientales: del oriente. Gentilicio de uruguayos.
Nacidos en la República Oriental del Uruguay.

EL SHOPPING Y LA MUERTE



Comenzó en Perú. Pero no dentro de Lima, ni caminando por Cuzco. Me gustaría decir que fue mirando las líneas de Nazca, o respirando en Machu Pichu, hasta podría haber sucedido estando de pie ante el océano Pacífico, ese manto gris y rugiente. Pero no. Fue adentro del centro comercial Larcomar. Luego de las conferencias y de tanta expedición, mis compañeros quisieron recuperar fuerzas antes de volver a España y aproveché la tarde libre para ir al centro de Miraflores. El *shopping* estaba enclavado en un acantilado y, por un instante, pensé en si era una buena idea instalarse allí en una zona sísmica. Tengo un compañero que dice que eso que hago es muy uruguayo. O sea, tener un radar para encontrarle los defectos a algo. Dicho de otra forma, ser tan crítico que roza la condición de *tocapelotas*. Pero les decía que hubo un comienzo. Tuve una época de verdadera obsesión con los principios de las historias, no sé si han notado que es casi imposible definirlos. Todo empieza antes de lo que creemos.

El caso es que fui al centro comercial y daban varias películas en el multicine. Estrenaban *Días de Santiago*, un película peruana, así que mataría tres pájaros de un tiro, me protegería de la lluvia, me movería de los centro de consumo y haría turismo cultural. Compré palomitas de maíz,

había con caramelo, dulces como en Uruguay. Entonces me senté en medio de la pequeña sala vacía. El tapizado azul moderno. El sonido *Dolby* digital. El olor a limpio. Y en ese momento, cuando comenzaron los *trailers* me sentí como en casa. Estaba en mi juventud, en mi ciudad. Había podido pagar una entrada al cine, iba a asomarme a ese mundo y formar parte de él. Tenía esa misma sensación en las salas de multicine de Sevilla. Las palomitas, saladas en este caso. El olor a azúcar llegaba igual. Llegaba igual la posibilidad de tocar un mundo de colores, sobredimensionado, el mismo de las salas de cine de cada una de las ciudades del mundo occidental. Un mundo neutro, limpio. Alejado de las salas majestuosas del Cine Censa en el centro de Montevideo, o de la porfiada resistencia del Cine Cervantes en el centro de Sevilla. Esas bellezas particulares y valiosas tenían otro valor, cultural y de identidad con nuestra infancia. Estas salas homogéneas eran diferentes, se acercaban a otro momento.

Lo confirmé yendo al cine en Sevilla, a una multisala. La sensación estaba allí. En ese instante se viajaba en el tiempo. Allí, solo y quieto. Mirando a la pantalla, los olores, sabores y sensaciones transportaban con tanta eficacia que se podía saltar de década. Los años noventa, ese período difícil y lleno de dudas, con el único refugio de una sala artificial y limpia. El fenómeno comenzaba al sentarse en la luz tenue, con el hilo musical de fondo y algún asiento ocupado por gente silenciosa, y se cortaba cuando comenzaba la película, cuando la sala se iluminaba y el sonido se hacía evidente. Entonces era claro lo que debía hacer, en el siguiente viaje a Montevideo iría al *shopping* de Punta Carretas. Un precioso y moderno centro comercial.

En la década de los noventa justo cuando lo inauguraban, yo comenzaba mi carrera docente al lado de un ex tupamaro.

—¿Fuiste al *shopping* nuevo? —me preguntó Yorizt en aquel entonces.

—Sí, está buenísimo. Bien instalado, muy práctico, moderno pero con algo histórico.

—Muy histórico. Yo estuve preso en el local de Levi's.

El *shopping* de Punta Carretas había sido una cárcel durante la dictadura. De hecho, si te parabas a pocos pasos de la puerta de entrada y mirabas la estructura del centro comercial se podía adivinar fácilmente la disposición de las celdas en cada local de ropa de marca. Los vigilantes haciendo guardia por los pasillos por donde ahora iban las familias.

Mucha gente me comentó que recorrerlo le daba dolores fuertes de cabeza. Se lo comenté a Yorizt. Tenía esa suerte. Era ayudante de clase de uno de los docentes que había estado preso por militar en el Movimiento de Liberación Nacional y, por lo tanto, un archivo viviente de esos años. Se había transformado en alguien esencial para mi formación, además de un amigo maravilloso. Sentía una especial fascinación por sus historias de cárcel.

—Allí era fácil. Estábamos nosotros y los milicos. Afuera era terrible, nadie sabía quién era quién.

Cuando fui su alumno, lo tuve claro. Quería volver a cursar a su lado y luego ser su ayudante, y después ser como él.

—¿Qué me van a hablar a mí de *La Biblia*? Yo me fumé tres o cuatro —me contaba entre risas en el bar de la esquina, luego de las clases. Por lo visto, las páginas sagradas eran muy cotizadas entre los presos. Igual que leer, o hablar. Sobre todo después de la fuga. Ellos estaban en el libro Guinness de los récords. Nunca se habían fugado tantos presos al mismo tiempo.

Cuando escuché que Oliver Stone compró los derechos del libro de Fernández Huidobro donde la relataba con detalle, cada día aprovechaba para sacarle el tema.

—Contame de la fuga.

Por suerte, era uno de los temas que no esquivaba. En cambio, nunca hablaba de la tortura.

—Más de cien presos, presos políticos, en el mismo penal, al mismo tiempo. Le doy vueltas y no lo puedo entender.

—Fue curioso y tiene algo triste. A la mayoría nos volvieron a capturar. Y, para colmo, muchos se volvieron a fugar. Cuando luego de la primera me atraparon, por un descuido mío, decidí ayudar en la segunda, pero quedarme en la celda. No tenía nada que hacer afuera. Era un poco cárcel afuera. Una celda igual que la mía, pero sin saber quién era quién. Pero... claro que me emociona hablar de aquella noche. Sabes que recuerdo varias cosas. A Sendic le preguntamos cuántos debíamos escapar y dijo: «Todos»; el túnel que los anarquistas españoles habían construido y que tanto significó para nosotros; recuerdo que Pepe Mujica se escapó dos veces, recuerdo que mataron al hermano de Zabalza. Fue una epopeya, y la hicimos sin disparar una sola bala.

—Pero se escaparon los cabecillas. ¿Cómo los milicos no se dieron cuenta?

—Alguno sabía. Siempre hay un traidor, entre nosotros lo había y entre ellos también. Traidor por ideales o por plata, o por miedo. Yo entiendo que el «abuso», como se llamó a aquello, es algo que impacta. Pero más me extraña que no impacte cuando se escaparon cuarenta compañeras por las alcantarillas. Ellas hicieron algo increíble, y más difícil, se escaparon todas, no quedó ni una, y nadie habla de eso.

Una noche, en una espera eterna del ómnibus, se levantó el viento pampero —una corriente gélida que supuestamente viene de la Pampa, pero yo estoy seguro de que nace en la Antártida—, hablamos de las motivaciones para la guerrilla.

—¿Te arrepentiste de haber usado armas?

—Sí, claro. Pero más que por la guerra en sí misma, por la sensación que tengo hoy.

—¿Qué sensación?

—La gente vota a los colorados, a los blancos, como antes de la dictadura y lo del voto verde, para pasar página y no hacer justicia con los crímenes de la dictadura... no cambió nada, nada tuvo sentido. O no sé... capaz que en unos años... no sé...

Se quedó pensando y sentí un escalofrío.

Al otro día llegué a la facultad temprano y mis compañeros me dieron la triste noticia. Yorizt había muerto de un infarto. Así, de repente, me vi frente a su clase, terminé su curso siendo casi tan joven como sus alumnos. Pensando en cada momento qué hubiera hecho él.

Mi carrera docente quedó marcada por su historia, y por su ausencia. Había perdido un amigo y un maestro. Años después vine a hacer un doctorado a España. Y aquí estoy. Condenado a recordar.

Ahora tenía la fórmula para viajar a su lado. Había encontrado el método para ver a mi amigo, para recuperar parte de mi historia y de mi juventud.

Fui al Punta Carretas Shopping, un par de coches de kilómetro cero se vendían afuera. Adentro del antiguo penal las familias paseaban, los jóvenes sonreían, no hacía calor, ni frío. Era un lugar limpio y seguro. No se sabía si era de día o de noche. Había un murmullo de música, de juegos para

niños, de ofertas, mezclas de perfumes caros, olor a comida rápida bajo un manto de aire artificial en continuo recambio. Una fuente de agua, un cielo a través del cristal.

Subí a los cines. No importaba la película, en todo caso debía ser la menos demandada, para estar lo más solo posible. Compré palomitas dulces, (pop acaramelado se llama). Entré a la sala. Tendría menos de diez minutos antes de que las luces primero se atenuaran y luego se apagaran para dar paso a la película. Me senté en el medio. Era como estar en Lima, o en Sevilla. El mismo olor, la misma sensación, el mismo sonido. Todo igual a cuando venía, siendo un joven docente universitario a estos cines, a ver cualquier basura, pero a estar en otro mundo.

Abrí los ojos. La sala estaba vacía. Caminé hasta el pasillo, el silencio era tremendo. Estaba oscuro. Apenas entraban reflejos de luz por algún sitio. El silencio era sepulcral. Pensé mentalmente en el diseño del centro comercial. Bajé por una escalera. Se escuchó una tos que rebotó de algún rincón. Las celdas estaban oscuras. Fui al piso de abajo, a la tienda de Levi's. Miré por los barrotes. Un hombre dormía.

—Yorizt —susurré.

El hombre se despertó. Supongo que estaba en constante alerta.

—¿Qué hace ahí afuera, compañero?—me dijo desde la cama.

—Soy... —Y antes de decir nada, recordé que todavía no me conocía. Era la sombra de un preso anónimo.

—¿Estás bien?

—Ahora sí, gracias. ¿Cómo saliste? ¿Qué necesitas?

—Nada, nada. Quería decirte que estoy seguro de que dentro de algunos años uno de nosotros va ser el presidente de la República.

Se escuchó un silencio. Y luego una breve risa.

Y luego un golpe.

El milico me pegó en la cabeza y ya desmayado me pateó la espalda. Estaban todos furiosos por la segunda fuga. Dos fugas masivas, continuas, con dirigentes incluidos. Un preso paseando por la noche era imperdonable.

Sentí un fuerte dolor en el pecho tirado en el piso de mi celda. Estaba todo oscuro, cada vez más. Me pregunté cuál sería la marca que vendía el local en que me estaba muriendo.